

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1950 - Número 42



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

020

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 086



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1950



Tomo XIII
Número 42

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1950

JULIO-AGOSTO

Núm. 42

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

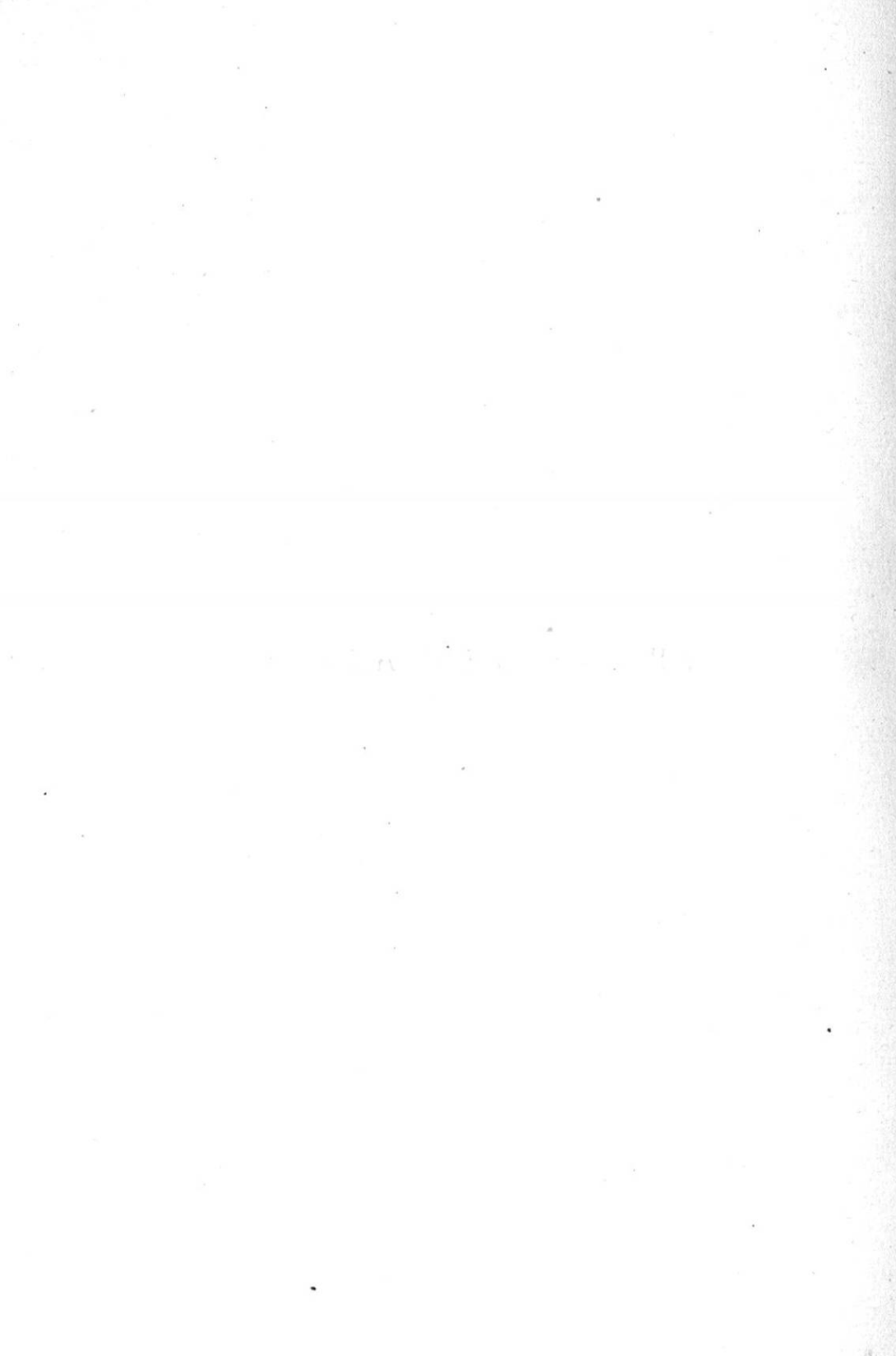
Págs.

Carlos Martínez de Campos.— <i>Alfonso el Justiciero.—Un centenario.</i>	9
Vicente Romero Muñoz.— <i>Estudio del bibliófilo sevillano Nicolás Antonio (II)</i>	29
Manuel Díaz Caro.— <i>Divagaciones sobre la adulación</i>	57
Hipólito Sancho.— <i>Un dominico de pró (III)</i>	65

MISCELANEA

F. Cortines Murube.— <i>Alusión cervantina y página de toros</i>	99
Hipólito Raposo.— <i>Lisboa y Sevilla</i>	103
Pedro de San Gínés.— <i>Templos restaurados</i>	107
***.— <i>Concursos de Bellas Artes</i>	111
LIBROS.....	
CRÓNICA.— <i>Marzo y abril, 1945, por el Cronista Oficial de la Provincia</i>	113
	121

ARTÍCULOS ORIGINALES



DIVAGACIONES SOBRE LA ADULACIÓN

EN la complejidad de las relaciones humanas intervienen factores múltiples de diversa índole, y los sucesos que forman la trama de las sociedades son producidos tanto por motivos racionales y geniales intuiciones, como por mentiras, pasiones y ridiculeces.

Uno de los motivos determinadores de los males que aquejan a la sociedad, una de las causas de las mentiras inculcadas en cerebros y corazones como semilla funesta que hace brotar plantas venenosas asfixiantes del saludable desarrollo de la vida, es la adulación, ingrediente tóxico que pone telarañas en los ojos del adulado, ridículo aborto nacido del sucio maridaje de la bajeza con la vanidad, artimaña, en fin, de que se vale la ineptitud, como llave falsa que abre las puertas que sólo deberían franquearse al mérito.

El origen de la adulación es siempre la debilidad de quien la emplea. Los fuertes no adulan. El débil al adular, suele estar acuciado por la ambición y suele tener conciencia, sentida acaso de un modo oscuro porque el amor propio se lo impide, de su propia incapacidad.

La miseria rodea al hombre por todas partes. Ha de luchar para remediarla y obtener lo que juzga necesario para la vida. Si no está bien dotado para la lucha y por añadidura siente en su carne el aguijón ambicioso, recurre a la lisonja, única moneda de que dispone su indigencia, para comprar lo que su necesidad o sus pasiones le sugieren. Al proceder de esa guisa, el más incapaz, el más desconocedor de los escondrijos de la psique ajena, conoce que, todo lo que alimente la vanidad, por burdos que sean los medios utilizados, se apodera de las voluntades poderosas o las ablanda, haciéndolas derivar hacia quien se postra ante el ídolo que dispensa los favores.

Paremos mientes con brevedad en el adulador y el adulado, en algunas de las esferas en que se manifiesta la adulación.



Razón tiene Spranger para afianzar, entre las abstrusas elucubraciones psicológicas de su pensamiento, «que las relaciones de poder y de dependencia constituyen uno de esos hechos primarios de la vida que sólo con la naturaleza humana misma podrán ser suprimidos» (1).

Tal dependencia a que se refiere el pensador alemán, determina en muchos el deseo de sacudirla y la ambición de participar en las funciones de los que ejercen el poder. Por ello en la esfera política es donde la adulación vive, retoza y circula profusamente, manifestada por los ineptos que aspiran al mando, o a gozar de las migajas que los que lo disfrutan quieran arrojarles, o a enervar con tan eficaz anestésico la fuerza de la ley, o a evitar, al menos, que, los encumbrados, siquiera en escalón colocado al ras del suelo, puedan perseguirlos.

No sólo en el campo propiamente dicho de la política, sino donde quiera que exista un orden jerárquico, brota la lisonja en sus variadas formas, casi siempre con efecto corrosivo. Comprende desde el que, elevado a fuerza de arrastrarse, halaga al jefe de quien espera más pingües honores, hasta el que, con dádivas y zalemas, pretende la decisión favorable en el expediente que se tramita, y desde el que curva la espalda en presencia del gobernador o el ministro para conseguir una sinécure, hasta el que festeja al diputado o a el alcalde sólo por alejar el posible peligro de atraer sobre sí las iras mezquinas de las nulidades ensoberbecidas.

Es asombrosa la ceguera de los hombres en cuanto atañe a sus cualidades personales y asuntos propios de las personas de su afecto. Es asombroso ver cómo hombres de talento no se percatan de ver las idioteces en que incurren en cuanto se relaciona con sus pasiones. Eso, sin razonarlo, lo saben los aduladores, los cuales se dan cuenta del goce que proporciona al político mostrarle la inferioridad del adulator.

Hay seres que, al ver reconocida la superioridad de que se ufanan, ya sea ésta connatural en ellos o provenga simplemente de las funciones públicas que ejercen, al verse obedecidos y escuchar la música del halago, experimentan un deleite que les predispone a todas las concesiones y a buscar artimañas habilidosas con que acallar su conciencia cuando en pago de la lisonja cometen una notoria injusticia.

Acostumbrados muchos políticos, carentes de necesidades espirituales, a respirar el aire de la lisonja, se identifican con la función que desempeñan hasta el punto de despersonalizarse. Su carácter, si tenían alguno, se diluye entre los actos de la función, y las interesadas reverencias dirigidas por los demás a la función, las toman como homenaje al mérito propio. Si la función cesa y se encuentran de pronto reducidos

(1) Eduardo Spranger. «Formas de Vida». Segunda parte.

a la simple condición de los que les adulaban, el aire se les hace irrespirable, el aburrimiento los coge con garras blanduchas, suscitándose en ellos una melancolía que les acorta la vida de la que ya nada esperan. Y es que, los tales son tan indigentes al verse privados de las ventajas de su cargo, como el pobre turiferario que les mendigaba la credencial de un humilde destinillo.

Resulta ocioso destacar los estragos de la lisonja en el terreno político y, en general, en donde quiera que exista una jerarquía y autoridades que, en cualquiera forma, participen del poder.

La Iglesia ha cuidado de alejar ese vicio en las provisiones de cargos eclesiásticos, estableciendo severas penas canónicas contra los que incurrían en simonía, que no son solamente quienes por precio obtienen o conceden un beneficio, sino aquellos otros que, para ello se valen del halago: *munus a munu, munus a lingua, munus ab obsequio*. El *munus a lingua* da a entender que, para el Derecho Canónico son simoníacos los que, en el caso de que se trata, manejan la adulación, pues al referirse a las recomendaciones o peticiones de prebendas, la lisonja suele ser el resorte más empleado.

Hay otro sector social donde los embelesos adulatorios se prodigan con intemperancia y donde las más de las veces no se tocan los resultados buscados por los que intentan curar supremacía individual con el único medio de que disponen, esto es, con sus constantes lisonjas. Ese sector es el de la riqueza.

El dinero es una fuerza, un poder formidable que, entre las satisfacciones que proporciona a los que lo poseen en abundancia, es quizás la mayor, la de ostentarlo, de parejo modo a las manifestaciones navales que se efectúan en las costas de las naciones como insinuada advertencia, disfrazada de cortesía, de fuerza dominadora.

El débil que todo lo necesita, se hace la ilusión más o menos deliberada, de que, en gracia de sus genuflexiones, atraerá la protección de los ricos. Si de momento nada ha de recabar de éstos, quiere prevenir las contingencias futuras para tenerlos favorables. Generalmente se engaña. Sin embargo, es tal el poder de la riqueza, ejerce ésta tal sugestión sobre los que de ella carecen, que casi todos se prosternan ante los ricos, ofrendándoles la propia inferioridad y el consiguiente reconocimiento de la soberanía dineraria. No ya el humilde tendero que quiere asegurarse compradores de las baratijas que expende, no ya el opulento comerciante que, por atavismo o por inercia, continúa doblando el espinazo en presencia de quien acaso sea menos rico que él, pero que, con lo que el adulado posee, puede proporcionarle ganancias abundantes, no ya el profesional que con ambición y quizás con talento, pretende, merced a dúctiles complacencias que a las veces bordean la moral, asegurarse una clientela nu-

merosa, sino casi todos los hombres que por un sentimiento de la impotente miseria humana, procuran remediar sus taras, mostrando adoración al poder difuso del dinero, a pesar de comprender que rara vez logran cobrar el estipendio de su prodigalidad adulatoria. Poco importa la esterilidad de los halagos. Los aduladores continúan en su labor y se enorgullecen de ello. Les basta con ser vistos entre los ricos y con la desdeñosa amistad que éstos les conceden. Son en cierto modo como los faquires de la India que, sin esperanzas de ningún medro individual, adoran una divinidad que no los conoce, consistiendo el premio de la adoración en abismarse en el seno de esa diosa, sin conciencia del abismamiento una vez conseguido.

Los lisonjeros de la gente de rango son de la misma índole que los de la riqueza. Su *snobismo* les satisface y se hallan a prueba de desprecios. No recuerdo dónde he leído que hay sujetos que se envanecen tanto al dar el tratamiento de alteza como si se lo dieran a sí propios.

Hay también hombres que, de la costumbre de halagar a ricos y linajudos, adquieren el hábito de la adulación de la que se sirven en todas las relaciones sociales de un modo intempestivo; seres entrometidos, pegajosos, indiscretos, desagradables en fuerza de su empeño de agradar, de los que se huye como de un aire colado que nos produzca un fastidioso catarro.

Entre los goces que produce la riqueza es quizás el mayor el causado por recibir la adulación. En efecto; por mucho dinero que se tenga, no se puede comer más de tres o cuatro veces al día, de lo cual disfrutaban muchos pobres, y en cuanto al regodeo proporcionado por el desfogue de otras concupiscencias, también es gustado por otros que carecen de grandes medios económicos. En cambio, el ejercicio del poder que la fortuna material proporciona, suele ser exclusivo de los ricos. Estos se diputan seres superiores, investidos de un cierto privilegio que pregona su superioridad, privilegio no emanado de las leyes, sino de la naturaleza misma de las cosas. Creense, hasta los de inteligencia más limitada, poseedores de gran entendimiento, pues no hay mercachifle que por el hecho de haber sabido atesorar dinero a fuerza de privaciones y quizás de latrocinios, no se juzgue adornado de extraordinaria talento. Precisamente tales ricos, al percatarse de que, a las veces no obtienen de otros adinerados, y aún de muchos que no lo son todo el agasajo que su vanidad apetece, buscan otros ambientes donde poder lucir, y se afilian a partidos políticos avanzados, a los que aportan su amor al dinero y su odio a los colocados en un peldaño social más elevado que el suyo. En todas las naciones los partidos llamados de izquierda han estado siempre repletos de comerciantes ricachones.

Si alguien habla a los ricos con la cabeza alta y exterioriza opiniones contrarias a las de los mismos, se atrae el sordo rencor, la profunda antipatía de quien ha visto desconocido su derecho al ajeno homenaje.

Cualquiera que demuestre no mendigar el favor de los mimados por la fortuna y les demuestre que no los necesita, de igual modo que el que tenga la audacia de contradecirlos, altera, según el criterio más o menos consciente de los adinerados, el orden natural de las cosas y ejecuta un acto subversivo que lo hace acreedor a la repulsa. Lo curioso, sin embargo, es que, en la generalidad de los casos, en vez de la repulsa, sintiendo en su interior gran antipatía, lejos de exteriorizarla, manifiestan un cierto respeto al que no se les somete. Es que, quien se juzga soberano, tropieza con una fuerza psíquica que le hace tascar el freno convirtiéndolo en débil.

La adulación hace también estragos en las relaciones del capital y el trabajo que intenta armonizar. Sin embargo, con el imprudente empleo de ese medio captatorio, contribuye a ensanchar el abismo que separa a los dos elementos de la producción.

El obrerismo, la lisonja al obrero, ha adquirido en las modernas naciones democráticas, enormes proporciones, y téngase en cuenta que, los regímenes democráticos no son solamente aquellos en que el sufragio universal elige a legisladores y gobernantes, sino todos los que, de un modo o de otro, se orientan en el sentido de halagar las masas proletarias.

Los obreros constituyen de hecho un poder formidable. Ortega y Gasset compara la fuerza de ese poder con la que desarrollan los movimientos geológicos del planeta. La adulación a los representantes de tal fuerza procede, como todas las demás adulaciones, de la debilidad de quien la usa, y con estar muy extendida, se encuentra más limitada que otras manifestaciones adulatorias. Donde principalmente se halla es en los gobernantes y en sus clientelas.

Dictar leyes protectoras del obrero, remediar su penuria, evitar que lo explote la codicia, reconocer la dignidad humana en el trabajador, son actos justos y laudables, bien que, para nada de eso, es necesario adularlo de la manera desenfrenada con que generalmente se le adula. Se pondera la importancia del elemento obrero en la producción de un modo exageradísimo, se le dan al trabajador manual nombres inadecuados halagadores de su orgullo, se les habla de sus derechos, sin mencionar apenas sus deberes y, sobre todo—lo que más puede fomentar sus pasiones rencorosas—se habla de los que algo poseen en un tono despectivo, como si con las frases que se emplean y algunas veces con los hechos, se quisiera dar la sensación de que la propiedad, especialmente la inmueble, es algo que subsiste por la inercia, algo meramente tolerado.

Que los caudillos proletarios adulen al obrero se explica, mas que también lo lisonjeen quienes afirman sostener los pilares de la civilización, sólo puede explicarse por la debilidad de los aduladores. Donde quiera que surja un gobernante que no se postre ante las masas, puede afirmarse

que allí palpita la virtud de la fortaleza, que allí existe un carácter, y como los caracteres viriles escasean, se podrán contar con los dedos de una sola mano, y sobrarán dedos, los estadistas verdaderamente fuertes.

La *política de apaciguamiento* seguida con los ignaros proletarios nada consigue, ya que éstos toman por miedo las reformas que les favorecen. Las declaraciones oficiales u oficiosas referentes al mejoramiento económico de las masas, no hacen otra cosa que azuzar la soberbia de los braceros, contribuyendo a crear en ellos un espíritu de clase altanero y agresivo. Si se mejora y eleva su nivel de vida, consideran, merced a los elogios, que al mismo tiempo se le prodigan, que cuanto se les otorga es una mínima parte de lo que les corresponde, y no contentos con ello, piden más y exigen el poder político.

Los obreros odian toda superioridad y por consiguiente la del talento. Si quienes los alaban no son de su clase, desprecian las alabanzas, que atribuyen, con algún fundamento, a una consecuencia del miedo, y aun despreciándolas quieren que se les tributen y no perdonan a quien no se las dirige. En cambio si la lisonja parte de algunos de su clase, les envanece y embravece, predisponiéndolos a los mayores excesos que intentarían realizar si la impunidad la creyesen asegurada. Cuando el demagogo que los alienta ha salido de entre ellos o por oficio se dedica a atizar el fuego de los bajos instintos de la plebe, soportan gozosos, con un cierto deleite masoquista, los insultos que el capitoste les dirija. Recuerdo un mitin efectuado hace muchos años en una ciudad andaluza, en que Blasco Ibáñez, en sus tiempos de agitador revolucionario, arengaba a un público de campesinos, arrancando estrepitosos aplausos que fueron más delirantes cuando el orador, después de profusas adulaciones, dijo a sus oyentes que estaban dominados por el caciquismo porque eran unos burros. Los obreros asentían a grandes voces, muy ufanos de que el agitador los llamase borricos.

En tanto que la condición moral del obrero no se reforme, poco o nada conseguirán las mejoras económicas, y mucho menos la adulación indiscreta, en orden a hacer desaparecer, o mitigar en algo, el odio de clases que tiene en constante peligro a la sociedad.

En el trato del hombre con la mujer encontramos también la lisonja, pero revistiendo ésta un carácter que la diferencia de todas las demás adulaciones. Tal diferencia estriba, principalmente, en la espontaneidad de la alabanza. El reconocimiento admirativo de las bellezas femeninas, el seguir la atracción que las mismas ejercen sobre el hombre, es algo que brota de la naturaleza y purifica el elemento bajunamente antipático que hallamos en otras lisonjas, siquiera la exageración o la fuerza pasional, mancillen con frecuencia lo que debiera mantenerse dentro de los límites que la razón y la moral imponen.

Rendir parias a la belleza de la mujer revistiendo con galanteos las frases que se le dirijan, lejos de inspirar el sentimiento desagradable de la adulación, lejos de humillar al adulator—si se puede dar este nombre al que tal hace—despierta generales simpatías entre la gente, porque ese acto nace de un instinto que, no es otra cosa que el clamor de los que podríamos llamar seres *non natos* que, desde los siglos misteriosos del tiempo y de la nada, piden de modo apremiante, irrumpir en la existencia. Ello se ajusta al orden establecido por el Creador, cuando no se aparta de la moral. De ahí ha nacido el homenaje caballeresco que, desde la Edad Media, se ha rendido a la mujer como una consecuencia del Cristianismo, que supo dignificarla, aunque por los extremos de la andante caballería, o de su extravagante literatura, se haya hipertrofiado esa especie de culto.

La mujer, aún careciendo de hermosura, tiene derecho al homenaje del varón, y es indicio de bajeza moral, o de desdén resentimiento, hablar mal de las mujeres. Las feas, acaso más que las que no lo son, deben ser objeto de las deferencias masculinas ¡Tragedia amarga la padecida por las carentes de belleza, condenadas a dejar inéditas las bondades y heroicas abnegaciones que muchas veces atesoran!

Con todo y con eso la lisonja que bajo la forma de galanteos se endilga a la mujer, nace también de la debilidad del hombre—aparentemente más fuerte—ante la hembra galanteada.

En las relaciones sexuales de todas especies, la iniciativa parte siempre del macho. La especie humana no constituye una excepción en este punto. El hombre al cortejar a la mujer, al adularla, obedece a un anhelo para cuya satisfacción le es indispensable hacer propicia la voluntad femenina. Por tanto, la lisonja nace aquí de la misma miseria indigente de quien la utiliza como en todas las adulaciones. También la mujer toma a veces la iniciativa en tales relaciones, bien que, valiéndose de medios indirectos, de astucias ingeniosas que, más que adular al varón se limitan a destacar las gracias propias—las de la hembra—para obligarlo al rendimiento.

La lisonja tributada a la mujer cuando se prodiga demasiado porque sus atractivos sobresalen de un modo muy ostensible, produce en la lisonjeada el mismo efecto que todas las demás adulaciones, esto es, envanecerla desmesuradamente y despertar en ella profunda antipatía hacia los pocos hombres que no la adulen. Las mujeres demasiado festejadas por el llamado sexo fuerte, suelen ser egoístas, frías, poco accesibles a el amor, porque su orgullo sólo encuentra satisfacción en las alabanzas; y también ocurre que, la indiferencia, experimentada o fingida, del hombre, al lastimar la soberbia de las muy hermosas, inspira en ellas una admiración involuntaria hacia el extraño galán que posee la fortaleza de no halagarlas, admiración que las lleva al enamoramiento del mismo indiferente. Tal acaece a Diana, la protagonista de la linda comedia de

Moreto «El desdén con el desdén». Don Agustín Moreto, rivalizando con el maestro *Tirso de Molina*, insuperable conocedor de las argucias amorosas femeninas, presenta en dicha comedia ese caso psicológico, desarrollado con la agudeza y gracejo que tanto resplandecen en las obras de nuestro teatro clásico.

No debe, por último, confundirse la adulación con la cortesía. Algunos sujetos la confunden: son personas avinagradas, resentidas, con algo de manía persecutoria; seres cuya soberbia corre parejas con su ineptitud, envidiosos que odian la sociedad porque ésta no reconoce los méritos que creen poseer.

La adulación, en fin, naciendo de la debilidad, se alimenta de la vanidad de quienes la emplean y de quienes la reciben; aquéllos para el propio medro y necia exhibición y éstos por el gusto de verse ensalzados; unos y otros por querer vivir no en sí mismos sino en los demás, es decir por huir de lo privado, de lo íntimo, por buscar oropeles con que cubrir sus desnudeces psíquicas. El día que los hombres repudiasen la adulación, o al menos restringiesen su uso variaría totalmente el sentido de la vida y se notarían los saludables efectos que de ello se siguiesen en la civilización que surgiera. Es seguro, o casi seguro, que nunca acaecerá tal cosa, porque el hombre parece que gusta entretenerse con sus miserias y desatiende lo que le proporcionaría una mayor bienandanza y una mejor preparación para la eternidad.

MANUEL DIAZ CARO